

Salimos al patio grande de la cárcel.

XI

Eran las siete menos un minuto; apenas alboreaba el cielo; la niebla oscurecía el aire y velaba los objetos.

El rugir de la muchedumbre nos aturdió; era una gritería interminable y chillona, insoportable, que se nos echó encima apenas pasamos los umbrales. Habíanse aclarado aún más nuestras filas y nos dirigimos á toda prisa hacia la puerta; algunos se quedaron atrás; yo mismo, aun caminando con los otros, me quedé á un lado.

Troppmann avanzaba con rapidez, arrastrando los pies; las correas le dificultaban la marcha.

¡Qué joven y pequeño, casi un niño, me pareció!

De pronto, lentamente, como unas fauces que separan sus mandíbulas, abrióse la puerta ante nosotros; un grito de satisfacción brotó de la muchedumbre, y el monstruo que esperaba su presa, la guillotina, apareció á nuestra vista, con sus dos postes y su cuchilla en el aire.

Un frío glacial nos acometió, un frío que me hacía daño en el corazón. Me parecía que ese frío acababa de entrar por aquella misma puerta; flaqueáronme las piernas. Sin embargo, miraba á Troppmann; hizo un movimiento hacia atrás volviendo la cabeza y se le doblaron las rodillas, como si acabase de recibir un golpe en medio del pecho.

—Se desmayará—dijo una voz junto á mí.

Pero se repuso en seguida y marchó adelante con paso firme. Los que de-

seaban ver cómo caería la cabeza, le precedieron corriendo. Yo no tuve ese valor. Desmayó mi ánimo y me paré junto á la puerta.

Vi al verdugo, semejante á una torre negra, levantarse de pronto al lado izquierdo de la guillotina. Vi cómo se separó Troppman del grupo de los invitados, el cual se quedó abajo, y cómo subió la escalera. (Tenía diez peldaños, ¡diez!) Vi cómo se detuvo y echó una mirada atrás. Le oí pronunciar estas palabras: «Diga V. á M. Claude...» Le vi en la plataforma; vi cómo dos hombres se arrojaron á él, á derecha é izquierda, como arañas contra una mosca; vi cómo le empujaron con la cabeza hacia adelante, y cómo pataleaba.

Pero al llegar ahí, volví la cabeza y aguardé; la tierra giraba en torno mío. Me pareció esperar una eternidad. Había tenido tiempo de advertir que al aparecer Troppmann, el grito

de la muchedumbre había estallado como una bomba, y que le había seguido un silencio sin resuello...

Delante de mí había un centinela, un mozo de mofletes colorados, un robusto zagalón... Vi que me miraba con fijeza, con espanto, y con una perplejidad estúpida.

Y me dije al verle: «Ahí está ese soldado, hijo de una aldea apartada, perteneciente á una buena y honrada familia... ¡Qué le enseñan aquí!»

A la postre, oí un ligero golpe, golpe de madera con madera: acababa de caer el semicírculo superior del collar que mantiene inmóvil la cabeza del reo.

En seguida oí un zumbido sordo rodó con ruido una cosa é hizo ¡paf!... Hubiérase dicho que un animal gigantesco acababa de tener un vómito.

No puedo encontrar otra comparación. Todo se oscureció alrededor de mí.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1925 MONTERREY, MEXICO

Alguien me cogió del brazo. Miré: era el ayudante de M. Claude, M. G..., á quien había encargado M. Du Camp que velase por mí, según he sabido.

—Está V. muy pálido. ¿Quiere V. agua?—me preguntó sonriéndose.

Le di las gracias y volví á entrar en el patio de la cárcel, la cual me pareció un refugio contra las atrocidades que se cometían de puertas afuera.

XII

Nuestra sociedad reunióse de nuevo en el cuerpo de guardia, cerca de la puerta, para despedirse del director y dar tiempo á que se aclarase el gentío. Yo también entré y recogí

ciertos detalles. Troppmann, atado ya á la plancha, ladeó la cabeza y ésta no entró en el collar; para encajarla tuvieron que tirar de ella los verdugos por los cabellos, y Troppmann mordió á uno en un dedo. Supe también que en seguida de la ejecución, cuando el cadáver metido en el furgón se alejaba con rapidez, dos hombres pasaron á través de las filas de soldados; y, acercándose á la guillotina, humedecieron los pañuelos en la sangre que caía por las junturas de las tablas.

Oí aquella conversación como en un sueño; estaba fatigadísimo... Todo el mundo parecía rendido y á la vez aliviado, como si acabase de soltar un peso de encima de los hombros. Pero ni uno de nosotros, digo que *ni uno solo, tenía el aspecto de un hombre que tiene la conciencia de que acaba de asistir á un acto de justicia social*; todos se apartaban de esta idea, y cada

cual rechazaba lejos de sí toda la responsabilidad de este asesinato.

Saludé al director y me fui con M. Du Camp. Un torrente de seres humanos, hombres, mujeres y niños, hacía rodar ante nosotros sus ondas sucias y feas. Todas esas gentes guardaban silencio. Sólo los de blusa se preguntaban: «¿A dónde vas?»—«¿Y tú?» Los pilluelos saludaban de vez en cuando con una silba á las prostitutas de carruaje.

¡Qué mohinas, soñolientas y embrutecidas, iban todas aquellas caras! ¡Qué expresión de hastío, de fatiga, de descontento, de desengaño, y, sobre todo, de indefinible despecho! No vi borrachos; al parecer, los habían recogido, ó habíanse retirado por sí mismos para acostarse.

La vida cotidiana volvía á coger de nuevo en su engranaje toda aquella multitud. ¿Por qué habían salido de sus costumbres esos hombres aquella

noche? ¿Con qué sentimiento volvían á su trabajo?

En el camino discutí con M. Du Camp lo que habíamos visto.

¿Con qué derecho se dan tales espectáculos? ¿Por qué mantener las bárbaras costumbres de la Edad Media? ¿Qué infames procedimientos son esos? ¿Qué significan aquel tocado, aquellos paseos por los corredores y escaleras?

Y la misma pena capital, ¿cómo se justificará?

Hemos visto qué efecto produce ese espectáculo en la muchedumbre.

Hasta diré que ese espectáculo no es más que una ilusión; porque, de toda aquella multitud de setenta mil hombres, tal vez (á lo sumo), cincuenta ó sesenta personas son quienes pudieron ver algo entre la incierta claridad del alba, y á través de las filas de soldados y jinetes.

¿Y los demás? ¿Qué utilidad han

sacado de esa noche desmoralizadora, de esa noche de libertinaje para gran número?

Pienso en ese joven obrero que observé durante algunos minutos. ¿Cree alguien que se pondría hoy al trabajo con más energía, con un odio más vigoroso á la ociosidad y al vicio?

Y yo mismo, ¿qué saqué de las emociones de aquella noche?

¡Un involuntario sentimiento de asombro en presencia de un hombre, de quien sabía yo que era un asesino, un monstruo de inmoralidad, porque supo arrostrar la muerte! ¿Es el resultado que se propone el legislador? ¿Dónde está ese famoso «fin moral» de las ejecuciones, tantas veces desmentido por los hechos?

Pero basta de discutir; este asunto me llevaría demasiado lejos. Nadie ignora que la pena de muerte es una de las cuestiones candentes que preocupan hoy á la humanidad.

Sería dichoso y me perdonaría á mi mismo aquella noche pasada ante la guillotina, si mi relato pudiera suministrar algunos argumentos más á los partidarios de la abolición de la pena de muerte, ó, por lo menos, si pudiera conseguir que esas ejecuciones ya no fuesen un espectáculo público.